

# EN EL PRIMER CENTENARIO DE LA MUERTE DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ

*Ricardo Pallares*

## **I. Vigencia, permanencia y actualidad**

En este primer centenario lo que inicialmente se puede afirmar es la permanencia de su ideario centrado en el americanismo y la validez de su propuesta literaria, centrada en el principio del espíritu de libertad y el principio de personalidad. Su literatura, en tanto que medio artístico del que se valió como predicador de ideas, como observador y partícipe crítico de la realidad y la cultura de su tiempo, tiene una propuesta que apunta a una socioconstrucción crecientemente rica y matizada de lo que llamaríamos el escenario de la realización humana individual y colectiva. Por tanto, la vigencia de Rodó no sería asunto enteramente del pasado, aunque ahora no podamos negar la posibilidad de lecturas actualizadoras capaces de resignificar, en un contexto y circunstancias nuevos, el cuerpo doctrinario de sus ideas. Para ello sería casi forzosa una generalizada y renovada interpretación, capaz de saltar un siglo y de encontrar las homologaciones y equivalencias que no desvirtuaran su pensamiento.

El de Rodó fue un tiempo en el que la coyuntura indicaba que casi todo estaba por hacer. Se trató de una circunstancia y coyuntura que comparece muchas veces en sus reflexiones, las que asume con valentía y honestidad. Pero también nos parece claro que su americanismo es el más enérgico y fuerte en una línea de descendencia que tiene como antecedente el pensamiento y acción de Simón Bolívar y José Martí. El que tendrá cierta continuidad en José Carlos Mariátegui, Alfonso Reyes, Vivian Trías, Carlos Quijano y Eduardo Galeano.

Es suficiente la relectura de su ensayo sobre Bolívar en *El mirador de Próspero* (1913) para advertir las preocupaciones genuinas del autor. Por tanto, una mirada actual se hará cargo del contexto de referencia para poder advertir el sentido de dirección de sus inquietudes y de su ideario. Solo así puede acceder a una actualidad compleja e incierta.

Mario Benedetti, siguiendo el pensamiento de Gilbert Murray, dice que “La peor injusticia que puede cometerse con respecto a Rodó, es no ubicarlo, al considerar y juzgar su obra, dentro de un proceso histórico” (1966, p. 99).

Es justamente en ese proceso histórico donde el mérito de Rodó se acrece, sobre todo si se tiene en cuenta que,

pese a haber heredado maneras, sensibilidad y estilo de sus maestros europeos; pese a ser él, temperamentalmente, mucho más europeo que americano, no vacila sin embargo en dedicar una parte vital de su tiempo y de sus energías a la búsqueda de las más entrañables motivaciones de su realidad hispanoamericana. Son justamente figuras hispanoamericanas (Bolívar, Montalvo, Juan María Gutiérrez) las que sirven de tema a varios de los mejores ensayos que figurarán en *El mirador de Próspero*.

Si bien la principalía del ensayo literario es notoria en la obra de Rodó, es igualmente cierto que las formas variadas, las figuras y recursos de los que se vale desbordan la categoría.

Entre otras configuraciones formales en sus textos podemos contar: el ejemplo, el cuento simbólico, sea parábola o no, la escena de la vida humana, el retrato espiritual o etopeya, el relato, enmarcado o no, el discurso, el alegato, la estampa, la historia de vida y los cuadros. Desde los hitos fundamentales de *Ariel* (1900) y *Motivos de Proteo* (1909), la consolidación de su obra se acompañó de una textura (rasgos formales de léxico, sintaxis y figuración) que en sí misma es un paradigma de lengua y por tanto una realización mayor. No obstante, su lenguaje refinado que extrema los cuidados y la construcción, también extrema las dificultades para su lectura. Pero ello no fue obstáculo para la comprensión continental masiva, entre los sectores cultos, facilitada por el fervor de comunicación cabal que se prodiga en sus escritos.

Si bien es cierto que su escritura cultiva un español culto que ya entonces empezaba a ser distante por ejemplo de la lengua estándar de las primeras décadas del siglo xx, el magisterio o influencia, al menos, fueron modeladores para muchas generaciones que le siguieron y conserva vigencia aunque su actualidad en esta segunda década del siglo xxi pueda, hasta cierto punto, ser impugnada. Nos parece necesario tener en cuenta que, a la manera de un plan estético-

co, “La gesta de la forma” y “Decir las cosas bien” de los *Motivos de Proteo*, constituyen el deslinde y fundamentación ineludibles de sus propósitos, entrega e implícitas exigencias.

Si a la lengua la hacen fundamentalmente el pueblo y los escritores, Rodó tiene un sitio principal en la lista no muy larga de los que llamaríamos primeros forjadores de la cultura uruguaya y latinoamericana, y de alguna de las variantes del español.

Por de pronto está entre los autores pertenecientes a la Generación del 900 que como pléyade constructora –desde la prerrogativa de las letras–, procedió en viva conexión con lo universal, a una forja sustantiva de los perfiles de nuestras identidades culturales nacionales y continentales. Es decir que Rodó con su prédica, en principio, participó de la constitución del ser colectivo propio de Uruguay y de otros países latinoamericanos, aunque su estilo oratorio y ceremonial fuera rápidamente dejado de lado. Pronto tuvo admiradores y adherentes pero pocos seguidores de su estilo.

La obra literaria y la acción de Rodó, vistas con la perspectiva de 2017, permiten decir que algunos de los perfiles aludidos resultaron indelebles. Fundamentalmente la libertad civil y religiosa, la tolerancia, la democracia como régimen de gobierno y convivencia, la aspiración de igualdad, la conciencia del valor de la escolarización y la cultura, el individualismo y la persona, sus derechos y obligaciones.

Con relación al conjunto de trazos del perfil reseñado, habría que agregar que en la valoración actual se hacen presentes las desigualdades, de difícil-fácil explicación, que impactan en la justicia e igualdad, y que en nuestro caso están asociadas a las determinaciones estructurales de un pequeño país de aluvión, agroexportador con prácticas extensivas. Igualmente, las grandes mayorías del continente, postergadas por razones estructurales y de distribución, contradicen las visiones hegemónicas.

La mencionada realidad social del continente a veces queda acarreada en la obra de Rodó, por las acotaciones o connotada de manera implícita, como un telón de fondo. Una dolorosa realidad heredera de las limitaciones de la colonización, el atraso, la barbarie, las primeras formas de institucionalización, de luchas políticas, y las servidumbres de la dependencia. Pero dicha realidad no está ausente en su obra por ignorancia elitista ni por aristocracia del pen-

samiento. Tratándose de la obra de un artista es necesario reconocer el cumplimiento de los procedimientos de selección, intensidad y representatividad, tanto en los asuntos como en las figuras retóricas y en acontecimientos de los que se ocupa, ya fuere en razón de las ideas, de la sensibilidad o de su propia visión.

El período inicial del proceso histórico al que perteneció Rodó —referido más arriba— debe situarse, según Roberto Ibáñez (1969, p. 2 y ss.), entre 1897 y 1917. Desde que Rodó empieza su obra y Vaz Ferreira asume su cátedra de Filosofía, hasta el año en que Rodó muere, respectivamente. Dice Ibáñez de dicho período: “comienza con las postreras y más encarnizadas contiendas civiles de nuestra historia. Solo a fines de 1904 —y pese a los dos borrosos estrambotes bélicos de 1910— la paz toma ardua pero definitiva posesión de la Tierra Purpúrea”.

Por entonces Rodó asume sin mesianismo pero con magisterio una responsabilidad ante el colectivo en ciernes que se había precipitado una vez más en la guerra civil y también expresa su disgusto ante la forma ligera en que se festejó masivamente la pacificación, como si todo hubiera terminado. Dice en carta de setiembre de 1904 a su amigo Juan Francisco Piquet que se festeja “cuando todavía no están secos los charcos de sangre, cuando todavía no se ha disipado la humareda de las descargas fratricidas”. Pero no solo esta guerra local impactó en su conciencia pacifista y republicana. También la de Estados Unidos de 1898 contra Cuba ya que con su actividad periodística, denunciándolas, demoró su proyecto de creación literaria. Ni hablar del intervencionismo norteamericano de 1914 en México, de las acciones y gestiones diplomáticas y políticas con las que se presionó al resto de los países.

El sentimiento antinorteamericano se afianza en él y en su generación dada la vehemente implementación pragmática y empresarial que parecía avanzar sobre Latinoamérica. Siempre a despecho de su identidad latina, centrada en la lengua y las tradiciones espirituales y liberales que remitían a Europa y a sus sociedades consolidadas.

Así era en el enfoque liberal, en tiempos de Rodó. Aunque en la postulación americanista quedaran relegados los pueblos mesoamericanos, sus culturas y sus lenguas. Con todo, conviene tener presente que en “Montalvo” de *El mirador de Próspero* se habla del indio y que en “El americanismo literario” (1895) de entre los escri-

tos en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, se habla del gaucho.

Las raíces culturales de estos países parecían remitir a un idealismo filosófico que no lo entendió como abstracción de las ideas flotando en un limbo neoplatónico. Rodó pensaba, más bien, en una acción integradora de hombres y gobiernos capaz de concretar en acciones el cumplimiento de las formulaciones doctrinarias de ideas y principios. Ideas y principios que valen cuando se hacen presente en realidades que los encarnan y expresan, más que por su formulación teórica y doctrinaria. En este orden de cosas la espiritualidad asociada al desarrollo humano y cultural serían consolidaciones fehacientes en el marco de los procesos macroculturales que el autor piensa posibles y sin exclusiones.

Se puede afirmar que en *Motivos de Proteo* está implícita la formulación de un programa de la obra completa proyectada por Rodó según el sentido profundo de los lemas de apertura y clausura: “Reformarse es vivir” (cap. I) y “Cambiar sin descaracterizarse” (cap. CLVI).

Entre ellos, a la manera de un punto de equilibrio y alerta en la tensión de un arco, dice: “Quien no avanza, retrocede” (cap. LXXX). Allí cabe la realidad toda. Es a partir de ella que comenzaría el proyecto de realización integral de los países y de la patria latinoamericana como conjunto, para el que no pensaba precisamente en una federación sino en una complementación integradora a partir del “sentimiento de adhesión” y solidaridad que surge de la patria. “Patria es, para los hispanoamericanos, la América española”, según escribe en “Magna patria” de *El mirador de Próspero* (1956, vol. IV, pp. 257 y ss.).

Arturo Ardao (1970, pp. 13-16 y ss.) quien en varias ocasiones había señalado los rasgos señeros del pensamiento rodoniano, precisó las cuatro vertientes o aspectos de su americanismo: literario, cultural, político y heroico.

Poco más adelante en su libro, enumerando las quince acusaciones o cargos que, a la sazón, se habían formulado contra Rodó, Ardao dice claramente:

en su obra de cultor y apóstol del sentimiento de lo bello, concebido como esencial factor de la educación y la elevación del espíritu,

impresiona la constante, honda y dramática preocupación por la realidad y por la vida. Con la reiterada invocación de ellas, concordaba una también reiterada condena de los esteticismos, los torremarfilismos y los diletantismos (p. 13).

Y agregaba:

impugnó la entronizada mediocridad burguesa, en particular la de las clases altas y dirigentes, reclamando el acceso de todos a los bienes de la cultura, para la selección de los intrínsecamente mejores de todas las capas sociales: no otra cosa de lo que han querido o quieren hacer –cualesquiera hayan sido o sean los logros– todas las grandes revoluciones de nuestro siglo (p. 14).

En una perspectiva amplia hay otro plano en el que se podría vincular la tarea política de Rodó en la prensa montevideana, con las *Cartas de un flojo* (1900) y *El caudillaje criminal en Sudamérica* (1903) de Florencio Sánchez, porque allí también se expresa una amarga visión sobre la realidad nacional, el caudillismo, y el poco desarrollo del ser y el hacer ciudadano.

La trayectoria a través de tres legislaturas como diputado elegido por el partido colorado refuerza la impresión de que Rodó tomó parte en los procesos de afianzamiento político y cultural y que se comprometió con ellos. Basta tener en cuenta, a modo de ejemplo, los proyectos de ley autorizando la elección como representantes o senadores de los catedráticos universitarios, el que establece un régimen de concursos universitarios, su aporte a la ley de las 8 horas de trabajo, su militancia y liderazgo antioficialista en el partido Colorado.

Asimismo, son destacados sus aportes desde: la participación en la fundación, en 1895, de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, su trabajo y aportes en la *Revista Nacional*, su colaboración en el periódico montevideano *El Orden*, su trabajo en la Cátedra de Literatura, su corresponsalía de *La Nación* de Buenos Aires, su participación en la polémica sobre *Liberalismo y jacobinismo* y su desempeño en la Asociación de la Prensa, entre otros.

## II. Próspero y Proteo entre la arquitectura literaria y las ideas

En otra oportunidad (2000) señalamos que las seis partes o secciones de la exposición de Próspero en *Ariel*, son momentos discursivos configuradores de la estructura interna del ensayo ya que responden a una voluntad constructiva y están precedidos y seguidos por un prólogo y un epílogo, respectivamente. Y agregábamos que en el párrafo decimocuarto de la sección IV, se lee: “Las ideas adquieren alas potentes y veloces, no en el helado seno de la abstracción, sino en el luminoso y cálido ambiente de la forma” (1956, t. II, 145).

De la cita surge la razonable conclusión de que el autor está atento para predisponer la sensibilidad y la inteligencia del lector-oyente con vistas al desarrollo de las ideas. Parece necesario tener en cuenta que las aludidas ideas se despliegan con un trámite textual arborescente, complejo, siguiendo un plan que no era “científico” y por tanto su instrumentalidad racional es porosa, propensa a la apertura y la duda desde que además no puede descuidar la realización artística, el sentimiento de lo bello ni el discernimiento filosófico. Pero es enérgico y sin apelaciones: sin persona capaz de estar plenamente en sí misma y sin libertad democrática no hay futuro cierto. Esa sería, en síntesis, la afirmación primordial de Próspero que como su autor es, al decir de Ibáñez: “un congénito predicador identificado con un artista incomparable” (1967, p. 18).

Las dos ideas centrales en el ensayo de 1900 son, como se dijo, la personalidad y la democracia. Son ideas que el maestro Próspero fundamenta y desarrolla con motivo de la despedida del curso, por lo cual las destina a sus jóvenes discípulos. En la situación discursiva generada Próspero alecciona en forma directriz pues desde la postulación y la prédica esas ideas tienen el carácter de máximas. Son el resultado de una sabiduría que ha podido sopesar y someter a reflexión las dudas y los ejemplos de otros repertorios a lo largo de la historia.

Seguramente algo similar ocurre en *Motivos de Proteo*. En esta obra los capítulos están titulados y conservan una fuerte unidad dada por la especificidad temática de cada uno. En la explicación previa da cuenta de que pertenece a un conjunto mayor en desenvolvimiento, por lo cual lo llama “un libro en perpetuo *devenir*, un libro abierto sobre una perspectiva indefinida” (1956, vol. III).

Desde el principio, en el prólogo que titula simplemente “Proteo” –antepuesto en la segunda edición que eventualmente prologaría todo el proyecto que constaba de una introducción y cinco libros–, hay una pormenorizada explicación poética de la clave o asunto central del mito. Un mito que, como es sabido, refiere a la verdad y a la eventualidad del conocimiento particular y concreto de las cosas.

Proteo era una divinidad marina que tenía la sabiduría –conocía el presente y el pasado– y tenía el don profético. Por ser renuente a dar respuestas “apelaba a su maravillosa facultad de transfigurarse en mil formas diversas”, era inasible, multiforme, como las olas, impredecible y cambiante. Como una ola Proteo “impone a la igualdad inerte la figura, el movimiento y el cambio” (1956, vol. III, p. 3).

El símbolo con su desarrollo abarca plenamente su filosofía de la verdad y el conocimiento. Concibe a la verdad como algo que es más que cuanto pueda decirse de ella. Por tanto, conduce a la tolerancia, a la búsqueda de la libertad de conciencia sin dogmas, a la investigación continua. Se caracteriza por un desplazamiento permanente en virtud de que lo valioso y meritorio no son los logros sino el trabajo. Los resultados siempre serán provisorios. La verdad aparece como algo abierto a un infinito de posibilidades que se expanden cada vez que se progresa en alguna de ellas.

Así se configura en el libro de 1909 una rica variación de temas y aspectos de la cultura que se explanan en los 158 capítulos y que son sutiles, implícitas, a veces concretas y paradigmáticas variaciones del gran asunto central.

Si *Ariel* tiene un plan que se manifiesta en su estructura interna, simétrica y equilibrada, fuertemente apoyada en un eje ideológico, *Motivos de Proteo* –con cierto parecido a *Fermentario* (1938) de Carlos Vaz Ferreira– es una movilización multicéntrica que pone en correlación los principios de bondad y belleza, de humana consideración y libertad, de pensamiento crítico y moral autónoma, de socioconstrucción de una unidad espiritual que por humanizadora también es latinoamericanista.

Ibáñez determinó en su momento (1967, pp. 15 y ss.) el plan de Proteo, conjunto de libros que no pudo ser concluido; por tanto la afirmación de la ausencia de un planeamiento es especialmente adecuada para el primero de los publicados y parcialmente aceptable.



Parece más razonable entonces hablar del fragmentarismo abierto del libro de 1909. De esta forma no dejaríamos de lado el principio de la personalidad que sigue siendo rector en él, ya que su realización es requisito para el logro de la personalidad colectiva y, a través de ella, de la autonomía y la expansión del ser colectivo.

Arturo Ardao habló del arielismo y del proteísmo (1970, p. 11) para hacer evidente, según nos parece, que las ideas de Rodó concitaron adhesión prolongada, enrolamiento estético, espiritual y ciudadano.

se movió —dice— en la gran corriente de la filosofía de la vida, que de fines del siglo XIX a principios del siglo XX llevó a cabo la superación del positivismo; pero además, como estuvo en su vanguardia, anticipó, con su arielismo y su proteísmo, sustanciales ideas y actitudes de espíritu. Contra la supuesta caducidad de su vigencia, le aseguran ellas, en el pensamiento de lengua española, la lozanía de un clásico (ibidem).

Si el arielismo estatuye la personalidad individual y colectiva y la libertad democrática como requisitos para la realización plena, el proteísmo lo confirma y excluye el dogmatismo, la verdad inamovible, el patente mal gusto, la soberbia, toda forma de intolerancia, toda forma de sumisión, toda imposición de una verdad.

Entre ambos conjuntos de ideas se traza un itinerario promisorio, a la manera de una siembra de futuro, capaz de asegurar las plenitudes del ser de los individuos y de los pueblos.

## Bibliografía

- ARDAO, ARTURO. *Rodó. Su americanismo*. Montevideo: Biblioteca de Marcha, 1970.
- BENEDETTI, MARIO. *Genio y figura de José Enrique Rodó*. Buenos Aires: Eudeba, 1966.
- IBÁÑEZ, ROBERTO. “El ciclo de Proteo”, en *Rodó. Cuadernos de Marcha*, n.º 1, Montevideo, 1967.
- \_\_\_\_\_. *La cultura del 900*. Enciclopedia uruguaya. Montevideo: Editores Reunidos y Editorial Arca, 1969.
- PALLARES, RICARDO. (2000) “Estructura constructiva y predicación artística de ideas en Ariel”, en *Boletín de la Academia Nacional de Letras*, tercera época, n.º 8, Montevideo, julio-diciembre de 2000.
- RODÓ, JOSÉ ENRIQUE. *Obras completas*. vols. I, II, III y IV. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1956.